

Fragmento de la carta del retiro de octubre de 2012.

Por Bernardo Nante

Si apostamos de corazón a la hipótesis de la “vocación humana”, debemos comprometernos a escuchar, es decir, a estar atentos para dar lugar a esa “Voz” que paradójicamente es interna y que, sin embargo, se presenta como Algo o Alguien que nos guía en la faz interna y externa del mundo. ¿Cómo silenciarnos para ser capaces de escuchar, de escucharnos? Por lo general creemos que ya conocemos ese desafío, pero en realidad conocemos los “fantasmas de las palabras” pues habitualmente no somos conscientes de lo poco dispuestos que estamos a escuchar.

“Escuchar” implica, necesariamente, ser capaces de “poner entre paréntesis”, en alguna medida, ese ruido interior que nos crea falsas seguridades e inseguridades y que está compuesto de un sinnúmero de tendencias automáticas, ciegas, que se expresan en ideas, afectos, acciones. Pensamos, sentimos, percibimos, intuimos, imaginamos, actuamos, soñamos en buena medida condicionados, “escotomizados” por una sordera militante. Y en esa vida ilusoria nacemos, crecemos, vivimos, morimos.

Soy consciente de que el panorama antes mencionado puede resultar algo exagerado, pero quizás no lo sea en términos de “totalidad”. Es decir, desde un punto de vista limitado o parcial, en muchas ocasiones guiamos adecuadamente nuestros pensamientos, nuestros afectos, nuestras acciones, pero carecemos por lo general de una capacidad para vislumbrar la dirección integral de nuestras vidas.

Como ya señalamos tantas veces, siguiendo el lenguaje de San Agustín, sabemos hasta cierto punto “dirigir” nuestra vida en cuestiones específicas, pero no así “orientarla”, pues ello supone de algún modo *una anticipación de una meta que dé cuenta de mi totalidad*. Dicho en otras palabras, sólo hay orientación si aquí y ahora resuena en mí de algún modo la Meta; una Meta que quizás sea innombrable e inalcanzable, pero que opera como un imán que reúne mis fragmentos.